

colección rúbrica



JUAN DAZA



EL MISTERIO DEL HOMBRE  
QUE FOLLABA BIEN

esstudio  
ediciones

# I

Ante las sopas de ajo y la tortilla de patatas que su madre había puesto sobre la mesa para la cena, el sargento de la Guardia Civil adscrito al cuartelillo de Roa, en la provincia de Burgos, Federico Valdepila rememoró aquella otra cena, célebre en su memoria, en el pueblo de Cataluña, de cuyo nombre nunca se quiso acordar, en el que tuvo su primer destino con el uniforme de la Benemérita. Por razones que no vienen a cuento trabó allí amistad con un concejal independentista de prometedor futuro en la carrera política que como tantos otros prometedores de ese gremio no pasó de prometedor. Sergi Oriol Truhan Torrado era su nombre, fino, moderno, educado, culto y dotado de una personalidad, a decir de sus correligionarios, carismática que chocaba grandemente con la ingenua tosquedad, rozando la pardillez, del sargento Valdepila. En la barra de un bar, a altas horas de una noche de parranda, los dos, el concejal y el guardia, decidieron, por insistencia del primero, ir a cenar un día a un restaurante de postín y estrellas *Michelin* ubicado en una localidad cercana. Hicieron la reserva al día siguiente de la decisión y obtuvieron el premio de conseguir mesa para seis meses después y eso gracias a las influencias, contactos y prestigio que Sergi Oriol tenía en la comarca. Ciento noventa euros les costó a cada uno la experiencia gastronómica. Les fueron servidos doce platos desconocidos para ambos y para prácticamente el resto de la humanidad en un ambiente selecto y circunspecto, casi religioso, donde no se oían risas ni voces, solo susurros educados y una suave música que parecía flotar ondulándose por el aire del local. Un elegante

camarero les comunicó en catalán que estaría a su servicio en exclusiva durante toda la velada. Sergi Oriol, también en catalán, pidió al fámulo que en deferencia al sargento les hablase en castellano, lo que con amabilidad y un acento cerradísimo y afectado hizo durante el resto de la cena explicando a cada plato que les servía los ingredientes que lo componían, incluida su procedencia, las sofisticadas técnicas de cocina utilizadas en su elaboración, la motivación e inspiración que habían llevado al chef a crearlo y los consejos, cuando no instrucciones, para su degustación perfecta. Con tanto plato y tanta explicación el ágape duró casi tres horas al final de las cuales el sargento Federico Valdepila sintió que tenía el cerebro lleno de palabras infrecuentes en su habitual léxico y el estómago también lleno, pero más de aire que de comida. A Sergi Oriol, por el contrario, se le veía sonriente y satisfecho, plenamente feliz de la experiencia gastronómica que acababan de vivir.

—¿Qué te ha parecido, Fede? ¿Te ha gustado?

—Claro, son cosas que nunca había probado y que no creo que vuelva a probar. Me extrañaría encontrar en cualquier otro restaurante esas mismas recetas. Además, ha sido muy didáctico, ahora sé que existen el wasabi, el agar agar, la pimienta de Jamaica, la esferificación, la sal del Himalaya y todas esas cosas sin las que no puedo entender cómo ha tenido sentido mi vida hasta la fecha.

Sergi Oriol no supo si su amigo le hablaba en serio o en broma. Se fijó en él, desde que habían salido del restaurante no hacía más que mirar de un lado para otro de la calle como si estuviese buscando algo. Luego le vio sonreír mientras le indicaba un bar abierto y le decía:

—Te invito a un cacharro ahí.

Ante la estupefacción del concejal, el sargento se pidió una hamburguesa doble y una cerveza. No es que le encantaran aquellos bocadillos tan pringosos de artificio en bote, pero su estómago le dio las gracias al sentir que iba a llenarse de algo que no era ni aire ni cosas extrañas ni palabrería.

—Pero ¿cómo te puedes comer eso ahora? —Sergi Oriol parecía enfadado.

—Porque tengo hambre. Mi espíritu puede que se haya llenado con las exquisiteces que hemos probado, pero te aseguro que mi estómago no está ni a medio depósito —y le pegó un tremebundo bocado a la carne envuelta en pan, ketchup y mostaza que le provocó un rictus de felicidad en la cara.

—No sé... —empezó a decir airado el concejal—. No sé si merece la pena, esto es como echar perlas a los cerdos. A veces pienso que de Cataluña hacia el oeste y hacia el sur no hay más que bestias taradas —Federico no se inmutó, dio otro mordisco a la hamburguesa y con la boca llena preguntó a su interlocutor:

—¿Tú eres catalán?

—Por supuesto. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, Truhan y Torrado no me parecen apellidos de por aquí.

—Mis abuelos eran españoles, sí, pero tanto mis padres como yo hemos nacido en esta tierra y estamos orgullosos de ser catalanes.

—¿Pero eres un catalán de Cataluña?

—¡Pues claro! —repuso Sergi Oriol claramente ofendido—. ¿De dónde voy a ser si no?

—No sé, podías ser un catalán de mierda —lo dijo tan pancho, con una media sonrisa socarrona mientras engullía el último trozo de su satisfactoria pitanza y tiraba de servilletas de papel para limpiarse las comisuras de los labios del chorreante tomate.

La ira debe ser roja, porque Sergi Oriol estaba lleno de ira y su cara estaba de ese color contrastando con la placidez satisfecha de Federico que aún masticaba los últimos restos de carne en su boca. El concejal no dijo nada, se levantó de su asiento y se marchó sin más.

—Le vas a llamar bestia tarada a tu puta madre, gilipollas —recordaba Federico que pensó en ese momento mientras se quitaba la pringue de los dedos con la servilleta.

De todo esto hacía ya mucho tiempo. Ahora a sus cuarenta y tres años vivía con su madre en Roa, en la comarca en la que él había nacido. Había tenido que tirar de influencias en el Cuerpo y de algún que otro pelotilleo con sus superiores, pero había conseguido que le destinaran allí. No había pedido ir a su tierra porque se sintiese apegado a ella. No se sentía español, ni castellano y mucho menos castellano-leonés. Él era gente, se sentía gente y la gente es de todas partes, en todos los sitios hay gente. Le parecía ridícula la pretensión de los nacionalistas de ser solo de un sitio, era disminuir la grandeza del mundo y concentrarla en solo una pequeña parcela de realidad. Pudiendo ser gente, ¿para qué coño quería él ser castellano o catalán o finlandés? Eso era estúpido a su entender. No podía ser patriota de ningún sitio porque su sitio era demasiado grande como para sentirlo como patria. Las patrias son sitios pequeños, reducidos, confinados entre fronteras, y fuera de esas fronteras los patriotas ya no están en casa. Son extranjeros en todas partes menos en su terruño, y a él le apenaba sentirse extranjero. *Un patriota un idiota*, creía recordar que la frase era de una canción de La Polla Records. Para él, el progreso humano consistía en arriar banderas y borrar fronteras, lo contrario era pura y dura involución contraria al desarrollo humano. El de los nacionalistas es el pueblo más primitivo que existe, sentenció para sus adentros.

Era guardia civil porque en su momento pensó que no sería una mala vida, además, dadas sus aptitudes no podía ser mucho más, no valía para estudiar, le aburría, no era guapo ni alto ni de buen tipo, era de mediana estatura y más cuadrado que estilizado, ahora le estaba empezando a salir una leve, pero ya perceptible, barriguilla cervecera. Tampoco poseía dotes excepcionales ni una buena voz ni ningún talento artístico. Tenía pues pocas opciones laborales atractivas donde elegir y, sencillamente, prefirió ser guardia civil que campesino, albañil o camionero. Y no vivía mal. La zona de Roa era tranquila. Los altercados infrecuentes y la autoridad respetada.

Llevaba ya dos cucharadas de las sabrosas sopas de ajo que su madre había preparado y no podía quitar la vista de la tortilla de patata que le esperaba de segundo plato. Su madre se la hacía de seis huevos y luego la partía en tres porciones, sobre una de ellas echaba mayonesa, sobre otra, tiras de pimientos asados con ajillos y la tercera la dejaba tal cual, sin nada. Solía comerse entero el trozo que tenía mayonesa y un poco menos de la mitad de los otros dos, y lo que sobraba le servía de almuerzo al día siguiente. La felicidad golosa del sargento se vio alterada cuando el teléfono móvil que había dejado sobre el mueble de la tele se puso a sonar. Tomó una tercera cucharada de sopa mientras pensaba quién podía ser el que le llamaba a las diez de la noche; con la cuarta cucharada se dijo que lo más seguro es que fuese una llamada del cuartelillo; con la quinta cucharada se preguntó qué demonios habría pasado y después de la sexta se levantó y cogió el móvil. ¡Hostias! Era de la Comandancia de Burgos. El comandante Briogos en persona.

—¡A sus órdenes, mi comandante!

—Buenas noches, Fede. Parece que te cuesta coger el teléfono.

—Lo siento, señor, es que me ha pillado cenando.

—¡No me jodas! No te habrá preparado tu madre un bacalao a la taberna como la última vez que estuve allí.

—No, señor, hoy tengo sopas de ajo y tortilla de patata.

—¡Hummm! ¡Qué bueno! Di a tu madre que si se viene de cocinera conmigo, a ti te asciendo a teniente.

—Prefiero seguir de sargento y que cocine para mí.

—Cabroncete Valdepila, qué bien vives. Bueno, chaval, al turrón. Me acaba de llamar la ministra del Interior en persona —el comandante hizo una pausa aposta para que su subordinado apreciase la importancia del tema—. Resulta que la Policía Nacional, concretamente la Unidad de Casos Especiales, necesita nuestra ayuda —volvió a hacer la pausa de la importancia—. Tienen una investigación en marcha que les ha llevado hasta tu zona y me ha pedido un hombre de total confianza

que conozca bien la comarca y a sus habitantes. Inmediatamente he pensado en ti —el comandante hizo otra pausa de silencio.

—Su confianza es un honor, señor. ¿Puedo preguntarle en qué consiste la investigación?

—No tengo ni idea, Fede. La ministra solo me ha dicho que es alto secreto. Van a mandar un inspector desde Madrid y lo que a ti se te pide es que te pongas a su disposición el tiempo que sea necesario y que obedezcas sus órdenes sin cuestionártelas, como si fueran mías, vamos. Me ha insinuado la ministra que esas órdenes deben ser acatadas incluso si bordean o sobrepasan los límites de la legalidad. Por supuesto, la ministra en persona garantiza tu completa inmunidad si esto sucediese. Debe de tratarse de un caso de la máxima trascendencia —el sargento tragó saliva, no le gustaba nada el cariz de lo que estaba oyendo, pero no se podía negar, debía muchos favores al comandante Briogos.

—Muy bien, señor, entendido, seré la sombra de ese policía, para eso estamos en la Guardia Civil, para servir por encima de todo —notó que le había quedado un poquito horterera el discurso, pero como sucede siempre con lo que se dice en voz alta, no tenía medio de corregirlo sin arriesgarse a decir alguna chorrada aún mayor, pero supo salir del paso—. ¿Y cuándo recibiré la visita de ese inspector, mi comandante?

—Mañana por la mañana, Fede, sé que va desde Madrid, pero la ministra no me ha confirmado la hora a la que tiene prevista su llegada a Roa.

—Muy bien, señor, le esperaré.

—Y otra cosa, Fede —la voz del comandante cambió a un modo más bajo, casi conspirativo—, quiero que me informes de todo lo que haga ese policía por allí, por supuesto nada oficial, nada por escrito, todo confidencial y discreto, me llamas al móvil y me lo cuentas. ¿De acuerdo?

—A sus órdenes, mi comandante.

—Pues hala, no te entretengo más, que se te va a enfriar la sopa y dejar enfriar una comida de tu madre es un auténtico sacrilegio.

La sopa, en su cazuelita de barro, no se había enfriado apenas, pero su apetito sí. Estaba abstraído pensando en las implicaciones que se podrían derivar de la conversación que acababa de tener lugar. Sujetaba la cuchara sin comer, con la mirada perdida a la busca de musarañas en el techo del comedor. Su madre decidió hacerle aterrizar.

—¿Era el comandante Briogos?

—Sí, era él.

—¿Y qué quería? ¿Más bacalao?

—Aparte de más bacalao —sonrió el hijo—, me ha encomendado una misión importante —la madre no pudo reprimir una expresión de orgullo en su rostro. Por fin se habían dado cuenta los mandos de la verdadera valía de su retoño. Pero al momento su cara se tornó preocupada.

—¿No será peligrosa?

—No lo sé, pero no tiene pinta de serlo. Creo que será más complicada que peligrosa —trató de tranquilizarla.

—Eso espero, hijo.

Por la noche, el sargento Valdepila planificó el día siguiente con los pocos datos sobre la misión que le había encomendado la ministra del Interior a través del comandante Briogos. Calculó que el inspector de policía tardaría como poco un par de horas en llegar de Madrid a Roa; si era madrugador y salía a las ocho de Madrid, no llegaría a su pueblo antes de las diez. Él iría, como siempre, a las ocho al cuartelillo para dar el relevo a los que estaban esa noche de guardia. Informaría a la cabo Requena de lo poco que podía informarle de su misión y la pondría temporalmente al mando, cosa que estaba seguro a Requena le iba a encantar. Luego, cuando llegase el inspector, se pasaría el día haciendo de guía y mayordomo mudo, a las órdenes del tipo ese de la Unidad de Casos Especiales. La segunda parte del plan no le gustaba. Desde que estaba en Roa apenas recibía órdenes, era él quien las



daba y este repentino volver a la sumisión y obediencia ciegas no le hacían ni puñetera gracia. Y luego estaba la insinuación de Briogos de que tal vez tuviera que saltarse la ley. Eso le inquietaba, nunca lo había hecho y la promesa de inmunidad de la ministra no le acababa de convencer. Era una política, los políticos mienten continuamente. ¿Y cuándo ha cumplido una promesa un político? No se fiaba ni un pelo, la inquietud se apoderó de sus pensamientos y le costó mucho conciliar el sueño.